

EDUCACION Y ENSEÑANZA

POR

M.^a JESÚS CARRAVILLA PARRA

Profesora A. de Filosofía de B. U. P. en Arévalo.

INTRODUCCIÓN

Creo que la principal tarea educativa, sobre todo de un cristiano, es la educación en la fe: educación, no mera enseñanza. Sin embargo, debo confesar que ni yo, ni creo que nadie, sepa especificar cómo ocurre eso. La razón es muy clara: la fe la da Dios, y nosotros no somos más que instrumentos. Comprobamos que esa educación se va dando, pero no podemos explicarnos cómo; enseguida observamos que los efectos no tienen su causa en nosotros... No obstante, es el objetivo que debe tener claro todo educador cristiano. Sólo hay un modo de realizar esa educación en la fe: viviéndola y transmitiéndola según nos indica el magisterio de la Iglesia. A este respecto nos señaló el Papa, hablando a los educadores en su visita a España, que debíamos «convertir en convicciones profundas y personales los sentimientos y vivencias quizá no suficientemente arraigados en la niñez..., ofreciendo con el programa cristiano razones para vivir y razones para esperar» (1). «En esa línea puede encontrar su puesto de honor, en el momento presente, el educador católico, orientando su esfuerzo hacia una formación integral que dé las respuestas válidas que ofrece la revelación sobre el sentido del hombre, de la historia y del mundo» (2).

En los momentos que vivimos, sólo una síntesis entre fe y

(1) *Gaudium et spes*, 31.

(2) JUAN PABLO II: *Discurso a los educadores en Granada*.

cultura puede proporcionar la solución educativa que nuestro tiempo exige. Sólo la fe dará sentido al hombre, a la historia y al mundo. Tenemos que ser conscientes de la urgencia de esa tarea educativa, sintetizadora, que debe perseguirse no solo a nivel personal, sino por medio de las asociaciones convenientes. «No basta contar con un acervo doctrinal o con repetidas exhortaciones pastorales. Es preciso que haya asociaciones adecuadas de instituciones promotoras de centros, de padres de familia y de profesores que cubran los diversos sectores docentes, que sean capaces de defender sus derechos y que actúen eficazmente en los diversos campos, desde el legal hasta el profesional y religioso en favor de la formación y educación religiosa e integral de las nuevas generaciones de católicos españoles» (3).

He querido iniciar esta reflexión presentando esas citas de las sugerencias, necesidades y exigencias de nuestra Iglesia de hoy en el campo educativo. Sin embargo, no vamos a centrarnos en ellas directamente, sino que vamos a analizar las diferencias entre educación y enseñanza, refiriéndonos a la educación en general, sabiendo que son cuestiones que inciden esencialmente en la formación religiosa que, por otra parte, no puede separarse de la anterior por mucho que se pretenda.

EDUCACIÓN Y ENSEÑANZA

La palabra educación alude a la formación integral de la persona, considerándola en sus dimensiones, no sólo cognoscitivas, sino prácticas o morales. La enseñanza, en cambio, alude a la instrucción, al adiestramiento. Sin embargo, tanto el sentido del término educación como el de enseñanza están grandemente tergiversados en nuestro vocabulario cotidiano. Para analizar convenientemente ambos sentidos he acudido a los escritos de un gran pensador y pedagogo a la par: es García Morente, de quien

(3) Instrucción pastoral de la Conferencia Episcopal española: *Los católicos en la vida pública*, núm. 151.

celebramos este año el centenario de su nacimiento. Sea la conferencia un recuerdo agradecido a este maestro consumado, a quien tanto debemos discípulos directos o indirectos.

Modelos de Pedagogía.

Vamos a iniciar este estudio tratando de vislumbrar los modelos de Pedagogía que se encuentran en la base de nuestro sistema educativo. Posteriormente señalaremos los aspectos filosóficos y doctrinales que los fundamentan.

Tres autores le sirven de base a Morente para analizar las corrientes pedagógicas más generales en nuestro sistema educativo. Son Paul Nator, con su Pedagogía social; Spengler, con su Pedagogía practista, y Ortega, con su Pedagogía vitalista.

Paul Nator presenta, desde una postura idealista, un modelo pedagógico encarnado hoy en nuestros centros. Es el modelo ideológico, podríamos decir. Mantenia que es la filosofía la que determina a un tiempo el fin y los medios de la educación. El fin, puesto que al ser la unidad sistemática de la cultura humana, deberá delimitar el tipo ideal de educación que se concretará en la comunidad cultural. Los medios que vendrán determinados por el mismo fin, ya que la tesis principal del idealismo es el valor regulativo orientador que tiene el ideal a perseguir. De ahí que debamos definir fundamentalmente la pedagogía social como un método, un medio; pero el medio o el cauce que supone la representación permanente del fin a alcanzar. Es también la Filosofía la que proporcionará el concepto de individuo como sujeto de educación, superando las concepciones de la Física y la Biología, al menos en su línea evolucionista. También aquí el, llamémosle, paradigma idealista: la interna relación medio-fin va a ser la clave explicativa del sujeto de la educación. Ya en Biología, desde una consideración teleológica del ser vivo, se postulaba ese mutuo condicionamiento entre el fin y el medio. Pero es, sobre todo, desde una concepción histórico-cultural desde donde podemos definir al individuo como personalidad espiritual

y moral. Definición que conlleva en sí el supuesto de la educación como paso del estado meramente biológico al cultural. Este paso, según Nator, supone «la entrada en la comunidad». Pues bien, esa comunidad postulada como ideal será el fin de la educación del individuo y al mismo tiempo el medio.

Esta formulación postulada por Nator, del todo ortodoxa en principio, encierra en sí otras derivaciones.

Como es sabido, el idealismo es el padre de todos los materialismos. Si acoplamos el esquema de Nator a buena parte de la situación educativa actual tendríamos que decir: es la ideología la que determina a un tiempo el fin y los medios de la educación..., la que proporciona el concepto de individuo como sujeto de la educación, la que resuelve esa interna relación medio-fin en una dirección no social sino socialista... Cambien el término filosofía por el de ideología en todo el esquema anterior y verán ustedes cómo queda perfectamente clarificada buena parte de la situación educativa actual.

Pero hay otro modelo pedagógico analizado por Morente que clarifica de igual modo otra tendencia quizá más peligrosa de la Pedagogía actual: la tendencia científico-práctica.

La reflexión acerca del famoso libro de Oswal Spengler, *La decadencia de Occidente*, es la base de la que se sirve Morente para poner sobre el tapete las raíces de esa Pedagogía imperante en nuestros días.

Los pedagogos, nos dirá el Morente anterior a la conversión y tratando de explicar a Spengler, no inventan los ideales, sino que «estos ideales les son impuestos, en cada momento de la Historia, por la Historia misma». (Debemos señalar que Morente no se propone en este artículo aquí estudiado, «Oswald Spengler y la Pedagogía», un examen crítico de las premisas sobre las que se funda la filosofía spengleriana de la Historia. Simplemente toma como base algunos juicios que allí se hacen y que pueden servir para explicar esa tendencia, errónea sin duda, de la Pedagogía «pacticista» de nuestros días. El error de esa Pedagogía estará precisamente en los ideales que postula y, a la larga, en la concepción histórico-filosófica que los sostienen).

Pues bien, *La decadencia de Occidente* es una obra en la que Spengler manifiesta la etapa de declive, el ocaso en que se sitúa nuestra cultura occidental. Veamos brevemente los presupuestos de esta conclusión. La cultura es «un organismo que nace, crece, se desarrolla, llega a su plenitud para decaer luego poco a poco, envejecer y morir» (4). El momento de decadencia de una cultura lo llama Spengler civilización. Así, la Historia no será el curso homogéneo de la humanidad, sino la morfología comparativa de las grandes culturas, obtenida por el método fisiognómico, interpretativo de los acontecimientos históricos. Por esta concepción histórica, por este método se podrá reconstruir y prever la historia. Según este esquema, «al presente nos hallamos en pleno estadio de civilización, es decir, en el período de senectud, de resecamiento, de anquilosamiento. Ya no le quedan al alma occidental ningunas posibilidades creadoras. Ya no pueden inventar ninguna forma nueva» (5).

Ante semejante situación, no cabe otra actitud filosófica que el escepticismo, el relativismo... Al cabo de esta descarnada reflexión se pregunta Morente por los ideales pedagógicos que pueden animar la educación en nuestro tiempo. Desde esos presupuestos históricos, los únicos ideales posibles son los típicos de una vida civilizada: «técnica fría, afanes imperialistas, racionalismo, claros y esquemáticos conceptos, obras grandes, vida cómoda, urbanismo, geometrismo, positivismo, cálculo, socialismo práctico, funcionalismo. En lugar de dedicarse a la poesía, o al drama, o a la filosofía, o a la pintura, dedíquense nuestros mejores ingenios a la marina, a la ingeniería, a la colonización, a la administración, a la industria, al comercio, a la política, a la química, a la mecánica...». «Nuestro sistema educativo, el predominante en Europa desde la escuela primaria hasta la universidad, tiende a adiestrar a los muchachos en el ejercicio de las técnicas que se consideran indispensables. En lugar de encender en ellos una hoguera de sentimientos vitales, propende la peda-

(4) GARCÍA MORENTE: *Escritos pedagógicos*, Col. Austral, núm. 1.571, Espasa-Calpe, pág. 106.

(5) *Ibid.*, pág. 111.

gogía moderna a un frío intelectualismo en donde está todo calculado, los efectos previstos, las consecuencias computadas» (6).

Sin duda podremos comprobar, hoy quizá más que nunca, la realidad de esos presupuestos pedagógicos encarnados en gran parte de nuestro sistema educativo. Vivimos en una sociedad donde todo se mide en términos de eficacia, también en la educación. Cuenta solo lo que pueda traducirse en resultados medibles y palpables, lo que redunde en beneficios materiales, en seguridades garantizadas. Pero resulta que esos beneficios, esas secularidades no bastan; y, así, nos encontramos a menudo con que el hombre actual, más repleto que nunca de cosas, de medios, de confort, se encuentra en cambio desmantelado por dentro, más inseguro que nunca, más abatido y débil, en una situación de penuria moral que le convierten en un menesteroso en lo espiritual. A menudo todo ese tecnicismo no consigue otra cosa sino ahogar la dimensión espiritual.

Ahora bien, ante la situación decadente que presenta Spengler, parece que sólo cabe un tono de resignación. «Nuestra vida actual en la cultura de occidente es vida de senectud. No adoptamos, pues, en ella ridículas actitudes juveniles que contrastan con nuestros encanecidos cabellos» (7). Es como decir, seamos realistas, esto tiende a su fin, sigamos el sino de la Historia. ¿No observan ustedes ese cansancio, esa apatía, ese total desengaño en nuestros jóvenes?

Hoy, sin duda, la Pedagogía ha avanzado enormemente y hay teorías y técnicas que escapan al esquema presentado aquí. Sin embargo, debemos afirmar la validez de dicho esquema para gran parte de nuestro sistema educativo. El estilo pedagógico más generalizado es, sin duda, aquel que sigue la corriente científico-práctica, que busca la eficacia como valor supremo, los valores, llamémosles cuantitativos, materiales, sobre los cualitativos, espirituales.

(6) *Ibid.*, pág. 112.

(7) *Ibid.*, pág. 112.

Veamos ahora la pedagogía que postulaba Morente. No es otra que la de Ortega, formulada en *El espectador*.

La pedagogía, «sistema de técnicas especiales dispuestas sabiamente para la consecución de un determinado fin», se plantea dos problemas principales: el fin que debe perseguir, el ideal, y los medios para lograrlo. Ahora bien, ese ideal no lo determina la pedagogía sino la filosofía, la cultura de una época. (Es de notar la importancia que da Ortega a la mujer en la determinación de dicho ideal: «la mujer es una maestra maravillosa y para lograrlo le basta con mirar o no mirar al hombre. Distribuye así con los ojos censuras y aplausos, y suscita en el varón un afán creador que le hace producirse y conducirse conforme al modelo implícito en aquellas miradas») (8). Pero, ¿cuál es ese ideal educativo? Podemos observar que a lo largo de la historia se han sucedido distintos tipos ideales de educación. Hasta Rousseau se daba el ideal profesional diferenciado, es decir, se educaba a cada cual «para» una función determinada. Desde Rousseau surgirá el llamado «ideal general indiferenciado, de lo que se trata es de producir hombres, no príncipes o artesanos. Dentro de ese ideal indiferenciado podemos aún hacer otra clasificación entre el llamado ideal practicante, en que prima la educación para la técnica, para la acción; y el ideal éticista, que tiende más a producir virtudes que capacidades. Una educación que sintetiza esos ideales parece que sería la más completa. Sin embargo, «el ideal de la pedagogía moderna ha trastornado, por modo extraño y abusivo, los conceptos de lo esencial y lo secundario en la noción de la vida. Ha considerado como fundamental el término y contorno del proceso, olvidando la entraña, el aliento motor, la fuerza creadora» (9). Esa pedagogía no ha hecho otra cosa sino seguir los pasos del idealismo del siglo XIX, de la biología evolucionista, de la psicología asociacionista.

Ese ideal es el que marca la preocupación futurista que envuelve la pedagogía. Se trata de un futuro sin término. La vida

(8) G. MORENTE: *Escritos pedagógicos. La pedagogía de Ortega*, página 78.

(9) *Ibid.*, pág. 79.

humana en los tiempos medievales se concebía como un tránsito a otra vida mejor; hoy es el tránsito a otro tránsito en la perenne continuidad del llamado progreso humano. Es el resultado de una filosofía que ha buscado su centro de gravedad en las condiciones formales inteligibles del conocimiento y de la acción.

Condicionada por este idealismo, la pedagogía pondrá sus miras en el hombre del mañana que quiere conseguir olvidando al niño, al joven de hoy que tiene delante. «No es más urgente educar para la vida ya hecha, sino para la vida creadora. Cuidemos primero de fortalecer la vida viviente, y, luego, si hay solaz, atenderemos a la vida mecánica» (10).

El idealismo influirá profundamente en el evolucionismo biológico y éste, a su vez, determinará esa concepción pedagógica que define el ideal educativo como un máximo de adaptación. La biología reciente, en cambio, invierte el orden anterior: el ser vivo no es ya la suma de sus órganos en funcionamiento, sino el creador y origen de las especificaciones concretas de células y órganos. Como consecuencia, la pedagogía ya no pondrá el acento en la adaptación al medio, sino en la penetración, transformación, creación del medio. No es el individuo el que se debe subordinar al medio, sino más bien el medio se definirá en función del individuo, como prolongación de éste.

También la psicología asociacionista influirá en la pedagogía. Para aquélla, el yo psíquico; la unidad de la conciencia, aparece como la síntesis superior de otros elementos simples y primarios como son las sensaciones, las emociones, las voliciones. Pero «ese atomismo espiritual es una ilusión que proviene de aplicar a la vida del espíritu las discontinuidades que en el mundo material encontramos... Por el contrario, la vida psíquica es una continuidad y una unidad anterior a las diversificaciones» (11).

En esta dirección presenta Ortega, en *El espectador*, una nueva noción: la de valor vital. Existe en nosotros esa «radical fluencia psíquica» que será la fuente de la que manan los deseos, vo-

(10) *Ibid.*, págs. 81, 86.

(11) *Ibid.*, págs. 81, 86.

liciones, sentimientos, pensamientos... y, al mismo tiempo, los distintos tipos psicológicos que pueden darse. Será el valor vital de esa fuente de nuestra interior existencia el que defina el conjunto de estados de conciencia y las distintas personalidades psicológicas. El valor vital, que se definirá como «una potencialidad psíquicamente creadora», será mayor o menor según el estado de conciencia. El deseo, que tenga una potencialidad creadora superior, tendrá un mayor valor vital; pero, a su vez, el deseo depende de la radical fluencia psíquica, que poseerá un determinado valor vital según el individuo de que se trate.

En este contexto, el quehacer de la pedagogía, como «técnica de los sentimientos propulsores de la vida psíquica», deberá consistir en provocar las reacciones de mayor valor vital e impedir las de menor valor vital.

A este respecto señalará Morente que lo genuinamente vital, «lo más humano en el hombre, es justamente el niño... Ser hombre es conservar en lo íntimo, dentro del envoltorio de cultura y civilización actuales, el eterno niño inquieto, forjador de deseos y de ilusiones, anheloso de nuevas aventuras» (12). Y también agrega: ese valor vital va estrechamente unido a la condición moral del hombre, la que más le define como tal. «El deber moral esencial de toda criatura humana es ser, plenamente, íntegramente, lo que es. Este imperativo de realidad presenta, por un lado, una condición real y, en este sentido, carece de todo tinte moral. Ahora bien, en el hombre esa condición primaria de ser depende, en alguna parte, de su voluntad misma, y por eso tiene un segundo aspecto, teñido de moralidad: el hombre debe ser lo que es... Se reúnen aquí los conceptos de naturaleza y libertad, de ser y de deber. El concepto de vida, de energía vital, comprende esos dos aspectos» (13). Hay que postular, a este respecto, al hombre actividad vital; distinguiendo entre una actividad impuesta por la necesidad, que consistirá en acomodarse y adaptarse; y otra libre, espontánea y superflua. Es ésta la más creadora, esencial. «La perfección del hombre es el

(12) *Ibid.*, pág. 93.

(13) *Ibid.*, págs. 90 y sigs.

hombre deportivo, esto es, aquel cuya vida no es una triste y raquítca adaptación, sino una alegre, profunda y exuberante creación de esfuerzos superfluos». Esa actividad creadora, tan estrechamente ligada a la condición moral del hombre, será la que más hay que cuidar en la educación. Esa creatividad, esos esfuerzos superfluos, al situarse por encima de las necesidades básicas, se darán en el marco de unos valores que el educador debe transmitir. Valores que perseguirán la suma perfección del hombre. No se tratará de ese creativismo vano, bajo cuya capa se justifican a veces actitudes superficiales y frívolas.

Esa perfección es la que debe perseguir la auténtica educación. Como puede observarse, el vitalismo es la base de esta pedagogía que se opone al mismo tiempo a los modelos anteriores. Pero analicemos las raíces de esta diversidad de modelos.

Educación y enseñanza: pensamiento e inteligencia.

En un artículo llamado «Símbolos del pensador», clarifica Morente, de manera sutil, la diferencia entre el pensamiento, la ensoñación y el ejercicio de la inteligencia. Indagar en estas distinciones nos permitirá entender mejor esos modelos pedagógicos señalados más arriba; y, al mismo tiempo, situarnos en la posición correcta del verdadero educador.

La primera figura a analizar es la de «El Pensador de Rodin». Es el prototipo del hombre de acción, y presenta el momento justo que precede a la misma. Así, el pensador de Rodin no piensa, sino que escogita, inquiere, persigue coyunturas de acción, solución de problemas... El hombre de Rodin es un hombre de acción, no es un pensador. ¿Qué diferencia a uno de otro? Lo que diferencia la inteligencia del pensamiento. Aquí Morente, siguiendo a Bergson, nos presenta la inteligencia unida a la acción, pero a la acción encaminada a la conservación de la vida. El ejercicio de la inteligencia responde a una necesidad vital. También los animales poseen inteligencia. Entre la inteligencia animal y la inteligencia humana no hay más que una diferencia

de grado. El pensamiento, en cambio, es por esencia distinto de la inteligencia, no está guiado por la necesidad vital, ni encaminado a la resolución de problemas. Magníficamente lo expone Morente siguiendo a Fichte: «filosofar no es vivir», o, de otro modo: «el pensamiento tiene relación justamente con la filosofía, la inteligencia con la vida» (14).

La otra figura a examinar es la del «Penseroso» de Miguel Angel. Presenta características opuestas al «Pensador» de Rodin. Paz y reposo, mirada vaga, sin un objeto concreto de atención. Es el prototipo del pensativo, del soñador. Pero no debemos hablar tampoco aquí de pensamiento, ya que «no debe confundirse ni con la inteligencia, preludio de la acción, ni con el ensimismamiento del ensueño... El pensamiento es incomparablemente más completo que ese indeciso vagar del alma por los ámbitos de sí misma. Y, por otra parte, es también incomparablemente más libre que la constricción muscular y orgánica de una mente ahincada en el esfuerzo de apartar un obstáculo a la vida. Por fin nos da una definición perfecta: «a lo que más se parece el pensamiento es a la libre, serena y fácil actividad de la mirada» (15).

Después de esta definición, nos presenta Morente la característica esencial del pensamiento, que es el diálogo. «La inteligencia y la ensoñación pueden actuar en la soledad individual, mientras que el pensador necesita la compañía de otro pensador. El pensamiento no es la inquisición, el esfuerzo de la inteligencia que va orientado a resolver los problemas de la vida. Tampoco es el pasivismo, el ensimismamiento de la ensoñación. Ambas actitudes son subjetivas, monológicas. En cambio, el pensamiento no es subjetivo sino objetivo, no busca solucionar problemas, sino aclarar temas. Se ejercerá mediante el diálogo, precisamente por salirse del ámbito de las necesidades vitales, de la subjetividad y orientarse a lo otro, al objeto.

Estas dos imágenes del «Pensador» y el «Penseroso» reflejan a la perfección dos tendencias muy características del hom-

(14) *Escritos pedagógicos. Símbolos del pensador*, pág. 180.

(15) *Ibid.*, pág. 184.

bre actual: el activismo por un lado, el pasivismo por otro. En ambos casos se trata de un recluimiento del hombre sobre sí mismo. A ambos les caracteriza esa radical soledad. El activista va a lo suyo, tiene que hacer tantas cosas que no le queda tiempo para entablar diálogo con nadie. «En el veloz ritmo de nuestra trafagosa existencia, las relaciones de los hombres, unos con otros, son quizá más frecuentes y numerosas que nunca; pero también son excepcionalmente superficiales. Compañeros de taller y oficina, condiscípulos allegados, encuéntranse y sepáranse como bolas de billar, sin entregar el uno al otro el menor sentimiento, la menor confianza, sin pedir ni dar consejo y, sobre todo, sin abrigar esa confianza ingenua y sincera de la amistad en la amistad» (16).

El pasivismo es una forma de reaccionar contra este ritmo trepidante en que el activista se ve sumergido; es el extremo opuesto. Para no sucumbir en el vicio activista, mantengámonos totalmente al margen; es una especie de mecanismo de defensa. Pero sigamos nuestra reflexión.

Después de todas estas indagaciones extrae Morente una consecuencia acerca del pensamiento: la filosofía y la pedagogía irán estrechamente unidas, son dos caras de una misma moneda. «El que enseña y aprende, piensa. Lo gravemente peligroso sería que se pudiese aprender y enseñar sin pensar, que se caiga en el error de conferir a los métodos de enseñanza más virtud que al pensamiento y se imagine posible el enseñar y aprender sin pensar» (17). No parece que sea otra la situación de buena parte de nuestro sistema educativo. Amarrados por la tendencia practicista, ejercemos la inteligencia pero no el pensamiento. Atrapados por una falsa idea de progreso, creemos que el saber debe aumentar por la vía de la cantidad, más que de la calidad; así, lo medimos todo en vista de los resultados palpables. Se ha sustituido el pensamiento teórico por la eficacia práctica. Así surge espontáneamente la necesidad de especialización y, como consecuencia, la

(16) G. MORENTE: *Ensayos sobre el progreso*, Revista de Occidente, pág. 155.

(17) *Escritos pedagógicos. Símbolos del pensador*, págs. 192, 193.

cantidad de conocimientos desborda la capacidad de asimilación. «La barbarie del especialismo invita a la fácil consecuencia práctica de preferir la actividad eficaz a la sapiencia pura y de descalificar al saber reduciéndolo a instrumento para la acción». Con ello se pregunta Morante si la pedagogía «no correrá el riesgo de caer en automatismos didácticos, en el error de buscar recursos para proveer la mente no de conocimientos plenos, sino de esquemas mecánicos, que sean capaces de asegurar la acción, como si fueran conocimientos... En tal caso, en vez de enseñar ideas, enseñaría técnicas, y el saber sería sustituido por un aprendizaje de trucos... Triunfaría la inteligencia pero decaería el pensamiento. Se habría logrado la temible victoria de poder enseñar y aprender sin pensar» (18).

El cultivo de la inteligencia con menoscabo del pensamiento nos ha enredado en los intrincados recovecos de la materia. El hombre actual, apresado por la seducción de tanta sofisticación, se encuentra a veces asfixiado; lo tiene todo, no le falta de nada, pero su espíritu agoniza. Y es que hay en nosotros una exigencia de libertad que no crece, no se desarrolla en la envoltura mecanicista de nuestra sociedad; de ahí que, a veces, le falte aire a nuestro espíritu. A menudo el hombre actual vuelve sobre sí mismo y se encuentra solo y desamparado, desarraigado de sí. Ha vivido abocado al exterior, y cuando mira hacia dentro se encuentra desmantelado, siente vértigo; y ese temor le hace enredarse más y más en el tren de vida que llevaba en un afán desmesurado de huir de sí, de no enfrentarse con la triste realidad de no ser nada, de no poseer nada, de estar diluido. Y así pasan muchos la vida, sin despertar o sin querer despertar del atolondramiento que les envuelve. ¿De qué le sirven al hombre todas las destrezas, todos los conocimientos, todos los aprendizajes que le permitan dominar su entorno, si no se posee a sí mismo? Todo ello no ocasiona sino el fomento de la ambición de dominio, de poder, característica propia del hombre de acción. Una vez iniciado ese camino, no parece que le quede otra solu-

(18) *Escritos pedagógicos. Símbolos del pensador*, págs. 192, 193.

ción que seguir ejerciendo ese afán como única salida, única forma de escaparse de sí, imperiosa necesidad. Es un círculo vicioso muy propio del determinismo mecanicista al que rinde culto sin saberlo. Aferrarse a los derroteros de la inteligencia práctica es dejarse envolver por el materialismo. Ha desaparecido el hombre interior que se posea y piense; queda el hombre exterior, el hombre autómatas, desarraigado de sí, cuya única forma de ser es actuar, dominar, correr velozmente... Si ese personaje hubiera sido educado en la actividad más esencial, más genuina del ser humano como es el pensar, otros derroteros hubiera seguido. El cultivo del pensamiento es el cultivo de la libertad, y la educación del pensamiento es, por tanto, la educación en la libertad. La pedagogía debería tender ahí como único y esencial objetivo.

Ahora bien, la pedagogía es expresión de la filosofía. Morente ha dado la clave del problema. «La solución pedagógica vendrá espontáneamente, como la forma natural de alumbramiento de la solución filosófica». Una filosofía del pensamiento, una ciencia de las esencias, habrá de ser por fuerza una pedagogía también del pensamiento y de las esencias. Una pedagogía donde importe más la calidad que la cantidad, más la autenticidad que la muchedumbre de conocimientos. Una pedagogía que eduque a nuestros hijos en el pensamiento. Pero esa filosofía del pensamiento, ¿dónde hallarla?

Filosofía del pensamiento.

Echando la vista un poco atrás, vemos que desde Descartes, y sobre todo desde Kant, el idealismo nos ha sumergido en ese subjetivismo e inmanentismo del que aún no hemos salido, pues las corrientes filosóficas que se sucedieron fueron, o derivación o contraposición a ese idealismo, pero siempre encerrados en el mismo subjetivismo. Kant escindió al hombre en dos: razón pura y razón práctica. El se quedó ahí, pero poco a poco la razón práctica se ha apoderado de la razón pura, ya sólo cuenta la praxis entendida en términos de dominio, de eficacia productora.

He aquí cómo la inteligencia se ha ido apoderando del pensamiento. Pero el hombre escindido no puede por menos que recluirse en un monólogo sin término. Es natural, no puede mirar sino desde sí mismo. No puede despegar de ahí, tome la dirección que tome. Son los derroteros de la inteligencia que, orientada a lo material, sigue su mismo sistema procesual, cerrado, sin término posible. A veces, al examinar determinadas corrientes de la filosofía de la ciencia actuales, se tiene la impresión de andar por los entresijos de una especie de esquizofrenia mental donde no se sabe ni por dónde se anda ni hacia dónde se va. Sólo aparecé clara la necesidad de seguir un proceso determinado, de cuyo fundamento nunca se supo, cuyo fin no parece otro que el mismo proceso... Es como si les fuera necesario a estos autores entretener la vida o, por mejor decir, olvidarse de ella y nada más.

En cambio, han surgido reacciones contra estas actitudes filosóficas. Sobre todo a partir del siglo pasado, el hombre parece querer despertar, enfrentarse de una vez consigo mismo; son intentos de volver a cultivar el pensamiento en su forma más pura. Se abandona el formalismo abstracto del siglo XVIII y se buscan nuevas formas de pensamiento. Por un lado había que descender de ese formalismo, de esas construcciones sistemáticas que partían de lo absoluto, y enmarcar el dinamismo que las sostenían en la vida misma. Por otro lado, había que superar también la actitud contraria: el positivismo, que había surgido como contraposición a tales sistemas, pero que participaba del mismo inmanentismo... Así surgen los nuevos caminos de la filosofía. Un claro precedente es Bergson, el primero que, quizá, nos hizo despegar de las amarras positivistas en que estaba envuelta la filosofía. Al mismo tiempo se sitúa en un plano vital, abandonando las construcciones idealistas. El promotor del historicismo, Dilthey, será después un exponente claro de esta reacción. El existencialismo, a su modo, es también un claro ejemplo de esta nueva actitud. La fenomenología, desde otros presupuestos, es quizá la expresión más lograda de esa filosofía del pensamiento a que alude Morente: «una ciencia de las esencias». Es una vuel-

ta a la actitud realista, aunque superando la ingenuidad. Una vuelta a mirar al objeto en sí de frente, a aspirar sólo y simplemente a conocerlo.

Morente recibió influencia de todos estos autores; pero dará su respuesta en la línea de Ortega, superando la influencia idealista que tanto arraigó en él. «El hombre es la razón», se decía, «pero este ideal abstracto es una sombra vana, nos dice Morente, se define en absoluto, sin dejar dentro de sí gérmenes irónicos productores de movimiento, de transformación. La vida, en cambio, rebosa por todos lados cuando se la quiere reducir a fórmulas externas, inmutables y definitivas». Su actitud filosófica es vitalista, pero concreta más: «A este ideal podemos dar el nombre de humanismo... porque su centro es esencialmente el hombre..., que ya no es como en la Edad Media la criatura de paso en este mundo; ya no es como en el siglo XVIII, el bípedo racional provisto de una facultad de pensar. Ahora el hombre significa creador de futuro. Ahora la humanidad es la cultura, la historia de la humanidad es la historia de la cultura» (19). Así, la filosofía tendrá su expresión plena en ese ideal dinámico del hombre creador de cultura.

Dejemos ahora la perspectiva histórica para centrarnos en la definición que da Morente del pensamiento. Sólo así caeremos en la cuenta de lo que es la pedagogía del pensamiento.

«El pensamiento, despojado de los sostenes extrínsecos, no es más, ni tampoco menos, que la visión auténtica de lo que las cosas son... Se parece a la libre, serena y fácil actividad de la mirada».

Veamos brevemente el contenido de estas frases. Pensar es un tipo de actividad muy peculiar; comparado por Morente con la actividad de mirar. ¿Y qué es mirar sino abrirse, sencilla y simplemente, a lo que viene de fuera? Para ello no se requiere más que tener esa actitud simple, fácil y espontánea de apertura hacia las cosas. Del mismo modo que los ojos se abren a la luz y se ocupan sencillamente en esa actividad que se llama mirar,

(19) *Escritos pedagógicos. La autonomía universitaria*, pág. 45.

así el pensamiento se abre a los objetos, y se ocupa también de manera fácil pero sobre todo serena y libre en esa otra actividad que llamamos «contemplar». «Libre, serena y fácil actividad de la mirada». No hay desperdicio en esta definición del pensamiento. Veámoslo poco a poco.

Una característica necesaria para pensar bien es la libertad. Si la persona está afectada por algún interés personal, por la inclinación hacia algo, es imposible que piense bien. No podrá salir de sí misma, y, por tanto, lo que mire será bajo el prisma de ese subjetivismo. Hay que estar por encima de todo interés, de todo apasionamiento; en una palabra, por encima de las circunstancias personales para poder pensar, para poder llegar al objeto en sí o al tema en sí.

Además es el pensamiento una actividad serena. Veamos esta cualidad. En realidad va muy ligada a la libertad. Nuestro mundo vive en continua tensión. La calma, la serenidad, a menudo parecen haberse borrado de la tierra. Vivimos en la sociedad de la prisa, de la velocidad. Magníficamente refleja Morente este hecho en su *Ensayo sobre el progreso*. Fascinados por una falsa idea de progreso nos vemos inmersos en un afán desmesurado de hacer y producir cosas, de acabarlas enseguida para empezar otras con el mismo objetivo. «Es la prisa, la insaciable, la devoradora prisa que nos acucia y nos oprime, y que al fin y al cabo puede hacer encallar la cultura en un marasmo de puros estremecimientos superficiales».

El hombre actual se encuentra prisionero de la prisa, no tiene tiempo para conservar lo que penetra en él. Por eso carece de intimidad. Vive fuera de sí... No hay tiempo para pensar, no hay tiempo para ser, no hay tiempo para amar. Antiguamente los hombres encontraban frecuentes ocasiones para sondear sus propias almas, y lo que la vida había puesto en ellas penetraba hondo y arraigaba firme. Hoy el hombre ya no se hace su propia vida, sino que la recibe hecha, no construye su destino, sino que se entrega a él de una vez para siempre.

Al hombre moderno, acelerado siempre, mordido por la prisa, le falta la calma, la serenidad suficiente para conocerse y co-

nocer, para hacer su propia vida. En una palabra, para pensar, meditar, contemplar.

Morente profundiza en las raíces del problema: es el formalismo idealista kantiano quien produce esa falsa idea de progreso, y esa concepción engendra la prisa como hábito natural en que se mueve el hombre actual. «El formalismo moral de Kant —según quien lo único valioso en la acción es su forma, no su materia— conduce derechamente a una concepción también formalista del progreso, para la cual, lo bueno del progreso no es el progreso, sino progresar..., dominado el hombre por la creencia de que el progreso es la carrera en pos de un ideal formalista, consistente tan solo en la carrera misma, en el puro correr, resulta bien explicable que haya obliterado tan gravemente su actitud para perseguir los valores objetivos de las cosas, personas y actos, y considere todos los bienes como meros trámites o etapas en la ininterrumpida progresión... Esta preponderancia de la prisa sugiere la creencia de que el mayor mal es la detención y la quietud» (20). Bueno es el progresar mismo, independiente del contenido que progresa. Hasta este punto llega la ceguera de una época empeñada en situar el valor en la subjetividad pura y en no reconocer a las cosas, a los bienes, más valía que la que la subjetividad les preste, continúa diciendo Morente.

Subjetivismo, activismo, han dado como resultado esa falsa idea de progreso y una de sus manifestaciones más claras es esa demoledora prisa que atenaza a la humanidad actual. Esto ocasiona dos estados patológicos muy característicos: la falta de vocación clara y la cobardía mental. Sus manifestaciones: esa falta de seguridad y de confianza en sí mismo, esa incertidumbre vacilante propia de quien no está sólidamente encajado en una convicción. En otras épocas la humanidad no buscaba ni dudaba, sino que vivía. En cambio, hoy, la humanidad no vive sino que busca y duda sin cesar. Los pueblos parecen ir en fuga de sí mismos. Todo por entregarnos a la vorágine de esa vida trepidante

(20) *Ensayos sobre el progreso*, pág. 156.

que embriaga y llena la mente, eximiniéndonos de toda coyuntura propicia a la meditación.

La prisa se ha convertido en la enfermedad crónica del hombre actual. Está radicalmente exento de esa serenidad que le permita ser dueño de sí mismo, capaz de ejercer esa actividad que le define esencialmente y que se llama pensar. El hombre actual está atrapado por la prisa porque no piensa o, quizás, por mejor decir, en el momento en que se empezó a escindir, encerrándose en ese subjetivismo y activismo que hemos señalado, le empezó a sugestionar la ambición de querer tener más que ser, de hacer más que conocer..., ya está en germen la enfermedad de la prisa. En el final del proceso «la prisa se tragará la vida». Así, el hombre sucumbe en sus propias redes. El mayor tirano del hombre es el hombre mismo, ya no es él mismo, ya no es propiamente *homo sapiens*, sino *homo faber*. Le falta la calma, la serenidad para vivirse en el momento presente, sólo le resta emprender la carrera que le olvide de sí, de que existe si es posible.

La serenidad debe ser el santuario donde el hombre ejerza la actividad de pensar. A la persona serena le es fácil pensar, le es natural abrirse y mirar y ver lo que las cosas son. La persona apresada por la prisa no pensará, sino que perseguirá coyunturas de acción, no mirará las cosas, sino que se buscará en ellas. No puede desprenderse del yo, y así todos sus actos estarán impregnados de ese subjetivismo que la atenaza, propiamente no piensa sino que se defiende.

Además, Morente calificaba de fácil la actividad del pensamiento. Podríamos traducir: pensar es una actividad simple, sencilla. Es lógico: las cosas en su desnudez son simples y sencillas. También el hombre en lo que tiene de más íntimo y propio. Cuando se atreve a mirarse a sí mismo, alejado del fárrago postizo de apariencias que nos envuelve, qué sencillo aparece todo. Pero no siempre es así. Le resulta muy difícil al hombre adquirir y sobre todo permanecer en esa unidad interior, que es lo que le haría ser él mismo. Ahí estaría la simplicidad y, por tanto, la facilidad para obrar, y sobre todo la coherencia en las acciones.

Llegar a esa actividad fácil y simple de pensar es alcanzar la madurez humana más plena. Por eso algunos pensadores —Kant por ejemplo— apuntan que es imposible llegar a pensar auténticamente antes de los treinta años.

Simplicidad. Por la vía material la mayor perfección es paralela a la mayor complicación: así ocurre en biología si estudiamos el organismo de los seres vivos. En cambio, por la vía espiritual la perfección va encaminada hacia la simplificación. El hombre posee en sí ambos mundos. Deberá aprender a comerciar con ellos. A uno va ligada la inteligencia, a otro el pensamiento. Entre ellos deberá ejercer su libertad, eligiendo continuamente. Ahora bien, en nuestras elecciones no pesa sólo lo que queremos ser. Esa finalidad es clave, es donde está el fundamento de todo progreso, pues de lo contrario estaríamos determinados a seguir siempre en la misma dirección en que nos encontramos. Ahí, también, el fundamente de la educación. Propiamente es ese «querer ser» alguien determinado, ese ideal el que va unificando la persona.

Hemos profundizado un poco en el sentido de la expresión con que Morente califica el pensamiento. Como han podido observar, la educación del pensamiento supone la educación integral de la persona. En la perfección progresiva de esa «libre, serena y fácil actividad de la mirada», con que define Morente el pensamiento radica, por tanto, la tarea educativa. Sin embargo, a menudo observamos que «se confiere a los métodos de enseñanza más virtud que al pensamiento»; en realidad, la ocupación general del profesor docente es la enseñanza, no la educación. No hay auténticos educadores porque no hay ninguna tarea que realizar a esos niveles que hemos señalado. El problema surge precisamente ahí, cuando la vida misma carece de sentido. Entonces será imposible la educación, precisamente porque no hay nada que transmitir. Sufrimos hoy, quizá más radicalmente que nunca, esa falta de sentido, de finalidad y de valor de la vida. Atravesamos una época de crisis, pero con unos matices muy especiales. En las crisis normales no se quiere una vida, porque se quiere otra. Pero ahora no queremos la que tenemos, pero no sabemos

cuál otra querer. Dicho de otro modo: hay penuria de fines. Tenemos muchos medios, pero no tenemos fines en qué emplearlos. Una cultura en la que el sentido de la vida se pierde está abocada a la muerte, es una cultura en donde no puede darse la libertad, pues la libertad es siempre para algo, sin ese contexto teleológico la libertad no tiene sentido. Como consecuencia no lo tiene la educación, pues muere la creatividad. Nos quedamos en la mera instrucción o adiestramiento en las técnicas ya aprendidas.

Ese sistema educativo en que predomina «el conocimiento y la ejecución sobre la proposición de fines» trae como consecuencia no muy lejana la producción de esa masa manipulable origen de todos los despotismos. He aquí el declive de la cultura. Caracteriza esta situación un afán defensivo propio del instinto de supervivencia, muere en cambio la facultad creadora. Se potencia la facultad típica de la inteligencia frente a la del pensamiento. La inteligencia, habíamos visto, se asocia a la materia, a lo sólido, a lo mecánico. El pensamiento, en cambio, se asocia al espíritu, a la libertad, a la creatividad.

Sólo una educación del pensamiento que «encienda en los muchachos una hoguera de sentimientos vitales», y no se reduzca a ese frío intelectualismo donde todo está calculado, sólo esa educación vital puede salvar y hacer avanzar la cultura. Para ello solo hay una solución: nuevos educadores, expertos en humanidad, conscientes de la hora que nos ha tocado vivir.

Hacia una educación del pensamiento.

Una educación del pensamiento, una educación integral, consistirá en «despertar vivamente el sentido de la unidad radical del conocimiento de la moralidad y del arte»; y para ello será necesario que el profesor se convenza de la unidad que rige todas las ramas de la actividad del hombre, pero, además, precisará sentir y vivir esa unidad misma. Nuestros centros, colegios, institutos, facultades, no pueden ser una corporación de especia-

listas que «aprenden, enseñan e investigan un saber determinado, sino una comunidad de hombres que aprenden a vivir y enseñan a vivir» (21). Para ello el educador ha de encarnar en su persona esos valores educativos que desea transmitir, pero además debe transmitirlos. El educador ha de tener el propósito último, consciente y deliberado, de fomentar la educación de los jóvenes. Será un hombre que sabe de la vida y sobre todo enseña a vivir, que «dialoga» con sus discípulos y mediante ese diálogo, ese intercambio de vivencias, suscita en ellos la persecución de esos valores educativos.

Pero surge la pregunta, ¿cómo llevar a cabo esa tarea educativa, cómo educar en nuestra sociedad de hoy?

Lo primero que se le impone al educador es la necesidad de tomar conciencia clara de los factores que determinan las características de nuestra sociedad sin sentido, sin valores, sin fines; apática, pasiva, por tanto; o, por el contrario, confusa, inquieta, dubitante, apresada por la prisa...

Cada facultad humana tiene sus vicios, y eso repercute socialmente. En otras épocas quizá los vicios del instinto o la voluntad eran los imperantes; hoy son, además, los vicios de la inteligencia. Porque la inteligencia tiene sus vicios. El hombre actual, amarrado por ese determinismo mecanicista, totalmente ajeno a todo sentido, valor o finalidad que le pueda guiar, se encuentra totalmente enfermo, no puede pensar, sólo ejerce su inteligencia viciada. Y, claro está, cuando la mente no ofrece orientación ninguna que guíe el obrar humano se produce a la larga ese estado crónico de confusión, inquietud y duda, como el *modus vivendi* más general.

¿Cómo educar, pues, en esa sociedad tan radicalmente confusa?

Miren, no sirven las palabras, ni las ideas geniales, ni los razonamientos. Pues todo ello posee, para la mayoría de nuestros educandos, el unívoco matiz de lo pasado, lo rechazable. El joven de hoy no necesita ser orientado, sino ser salvado..., y las

(21) *Escritos pedagógicos. La Universidad*, pág. 41.

ideas, los razonamientos, no salvan. Sólo salvan las personas, por mejor decir, una Persona, encarnada sucesivamente en otras muchas...

El educador actual debe penetrarse de esa penuria, de esa menesterosidad radical que, en lo espiritual, padece su hermano y discípulo. Ha de ser, ante todo, ese experto en humanidad que proclama Juan Pablo II, un hombre que sepa con la sabiduría de la experiencia lo que pasa en el interior de las conciencias, que se haga partícipe de esa tragedia de estar tan profundamente escindido. Que sepa, pero sobre todo que ame, que dé esperanza, que sea testigo de soluciones... Esto sólo es posible si él mismo vive unificado en el amor. Entonces, sin darse cuenta, ejercerá esa influencia bienhechora que suscitará un deseo, un impulso hacia esa unificación interior. Ejercerá verdaderamente autoridad, hegemonía, sobre el discípulo. Porque, ¿qué es la autoridad del maestro sino el cariño de sus discípulos? La verdadera educación es la educación en el amor. En eso consiste, en definitiva, la educación del pensamiento. Y el verdadero educador es el educador testigo del amor. Pero, ¿de dónde nace ese amor sino del Amor? El sigue caminando por el empedrado sendero de la historia, de los pueblos, de la cultura, de las aulas..., y sigue suscitando a su paso nuevos seguidores... ¿No lo hemos visto en la autenticidad y el amor de nuestros educadores? Y es que El sigue siendo el Maestro, el único Maestro. Quiera Dios concedernos, en esta etapa de la historia que nos ha tocado vivir, en que suena tan rotundamente la hora de esa nueva síntesis entre fe y cultura, quiera Dios concedernos educadores santos, y muchos. Si apelamos a su misericordia, así será.